

tecesor, caía en los mismos excesos, y se manchaba con la misma mancha de sangre.

La verdad es que se experimentaba un malestar profundísimo en España, regida por leyes contrarias á su espíritu y á sus necesidades. En Madrid, donde la vida intelectual está muy desarrollada por la existencia de tantos centros científicos, donde la idea y la palabra ejercen constante imperio, se conmovió profundamente el pueblo al ver heridos los derechos de la ciencia; y fué diezmado. Un pueblo como Zaragoza, donde sin obstáculo al culto á las grandes ideas, y sobre todo, á los grandes sentimientos, aparecen en primer término, por la feracidad de su rico suelo, y las ocupaciones habituales de sus hijos, las necesidades agrícolas, se conmovía profundamente al ver su agricultura esterilizada por la mano asoladora del fisco, y ese pueblo era también diezmado. Allí, como aquí, se provocó á una multitud que no provocaba; allí, como aquí, la autoridad, se cegó hasta desconocer el precio de la vida humana; allí, como aquí, se disparó al aire, á la ventana, donde se vislumbraba una luz, á la esquina donde se dibujaba un bulto, al hogar donde la familia ansiosa esperaba la vuelta del ausente; y si aquí, antes del atentado, se faltó á los preceptos del Código, allí, despues del atentado, se cayó en manos de un general bárbaro, que rompía la Constitucion, suspendía todas las garantías y todos los derechos, sustituía con su ordenanza el código, violaba el hogar, encarcelaba al ciudadano, y sobre todas las leyes rotas y todos los tribunales despedazados por la herradura de su caballo de guerra, colocaba su vengativa dictadura.

Nosotros, que profesamos un culto religioso á la justicia; nosotros nos levantamos á defender á Zaragoza como defendimos á Madrid; á execrar á O'Donnell como execramos á Narvaez; á pedir el castigo de Zapatero, como pedimos el castigo de Gutierrez de la Vega; y á repetirle á la situacion unionista las palabras dichas á la situacion moderada: que

los gobiernos odiosos para la opinion é infamados por sus actos, no pueden vivir al calor de la libertad, y tienen que optar entre la dictadura ó la muerte.

¿Qué fatalidad pesaba sobre todos los gobiernos? ¿Cómo no daban un paso sin encontrar una grande explosion del espíritu público? ¿Cómo no podían moderar estas explosiones del espíritu público sin deshonorarse ni ensangrentarse? Era porque la revolucion moral, la grande trasformacion de las ideas, estaba consumada; y las leyes, las instituciones conservaban su antigua rigidez, su tradicional intolerancia, su divorcio sacrílego con el espíritu del siglo. Y sobre todo, donde más se conocía este triste estado de nuestra sociedad, era en las leyes económicas, verdadera ruina de la nacion. Nada de uniforme, nada de racional, nada de científico en este nuestro malhadado régimen económico, un caos. Vivíamos bajo todos los errores del antiguo régimen. Lo más odioso al pueblo era la contribucion de consumos, ese tributo feudal, más pesado para el pobre que para el rico, progresivo en sentido de que se aumentaba para una familia á medida que se aumentaba el hambre, resto de la Edad Media, que á su vez lo heredó de la insaciable rapacidad romana.

¿Cuándo habeis visto que una sociedad lleve sobre sus hombros todo este peso, sin que se caiga y se aplaste? Las causas generales de las revoluciones son las ideas; de la revolucion primera de la sociedad moderna, el cristianismo; de la revolucion última, la filosofía. Pero las causas ocasionales, son los errores y los males económicos. Cuando los bárbaros vinieron á quemar la Roma antigua, vinieron llamados, invocados por las mismas poblaciones romanas que no podían sufrir las infinitas contribuciones, el cánón frumentario, la contribucion directa que se llevaba la quinta parte de la renta, el diezmo sobre todas las especies, impuestos sobre las minas cuando no se las quedaba el emperador para

explotarlas en su provecho; impuesto sobre las canteras de mármol; impuesto sobre los ganados; impuesto sobre el salazon; vectigalia, ó renta de aduanas; portuaria, ó impuesto sobre los barcos; consumos; el 25 por 100 sobre la manumision; el 20 sobre los testamentos; contribucion de cloacas y de columnas urinarias; patentes caras para la industria; patentes carísimas para el comercio; contribucion de célibes y de viudos; capitaciones, en fin, una red de impuestos que exigían una nube de exactores, alcabaleros, publicanos, cuya invasion temían más las colonias y los municipios, que las invasiones de los godos y de los hunnos. Y lo mismo sucedió en la revolucion que abre las puertas de la sociedad moderna, en la revolucion francesa. El diezmo, el feudo, la amortizacion, la tasa, el mayorazgo, las vinculaciones, la córvea, el *jusjurandum*, todos estos errores económicos, todos, enjendraron la revolucion francesa, unieron en un esfuerzo comun al pensador que buscaba la libertad de su idea, al orador que buscaba la libertad de su palabra, con el propietario que buscaba la desvinculacion de su tierra, con el trabajador que buscaba la emancipacion de su trabajo. El mal económico trajo los Estados generales, y los Estados generales trajeron la revolucion.

Los autores más importantes condenan la contribucion de consumos en general, el impuesto sobre el vino en particular. Los consumos, decia Turgot, gravan por necesidad los artículos de alimentacion que son indispensables para el pobre. La contribucion de puertas, exclamaba Leon Faucher, es la causa primera de las miserias que afligen á las ciudades, porque encarece los comestibles y los combustibles, y hace la vida difícil. Say declara que los consumos son opuestos á los principios de las Constituciones modernas, las cuales quieren que cada ciudadano subvenga á las cargas públicas en proporcion de sus haberes. Montesquieu se quejaba de que, merced á los impuestos, los gobiernos han

hecho tan malo y tan caro el vino, que no parece sino que se han propuesto seguir al divino Koran, que prohíbe esa medida. Napoleon, la víspera del tremendo dia en que iba á sepultarse en Santa Helena, cuando desesperado contemplaba á sus espaldas el imperio en ruinas, Francia deshonrada por la intervencion, y delante de sí el destierro, en aquellas últimas horas de Rochefort, que eran para él como el juicio final de su vida ante su conciencia, decia, contemplando el mapa de Francia: «¡Ah! no Waterlloo, no, el impuesto sobre el vino me ha perdido.»

¿Imagináis, por ventura, que unas mismas causas no han de dar siempre unos mismos efectos? Envenenais al pueblo, y no queréis que se retuerza al dolor del veneno. Le quitais el pan de la boca, y ni siquiera le dejais que hostee de hambre. Gravais la uva con un doscientos por ciento de su valor; gravais el pan en la misma proporecion; gravais el aceite; tiene sed y tiene hambre; os entrega la mitad casi de los alimentos que le piden sus hijos con el reclamo del lloro, cuyos ecos penetran como una espada en las entrañas del padre; y luego, cuando se queja, le enviáis por todo consuelo vuestra infantería, vuestra caballería y vuestra artillería, y anudais con una bala ¡tiranos! la voz en su garganta.

Hacia ya mucho, muchísimo tiempo que debía abolirse la contribucion de consumos. Hacia ya mucho, muchísimo tiempo que se dijo que esa contribucion habia traído nada ménos que el movimiento de Julio en 1854. Y desde entonces, lejos de disminuir, lejos de aligerarse la contribucion de consumos, se habia aumentado con aumento espantoso.

Delante de estos sucesos, por poco que la reflexion se detuviera, aprendía mucho. Aprendía que el malestar era profundísimo. Aprendía que el pueblo no podía sufrirlo ya por más tiempo. Aprendía que los partidos doctrinarios, que sus corrompidos y corruptores gobiernos, tenían por todo remedio sus

batallones, sus descargas, sus ojeos organizados, su ley marcial, sus consejos de guerra, la dictadura militar, la inmolacion del pueblo. Esto no podía durar, esta tendencia del pueblo á las grandes reformas liberales, y esta tendencia del gobierno á la dictadura militar, habia de traer un conflicto gravísimo, inmenso, del cual eran anuncios, dias como el del 3 de Octubre, y noches como la del 10 de Abril. Miradlo. Zaragoza, la ciudad santa, la ciudad bendita; Zaragoza, el sagrado monumento de nuestra independencia; el númen que invocan del Norte al Sur, desde los polacos hasta los griegos; el ideal de todos los pueblos que pelean por la patria; Zaragoza, en cuyas ruinas se descubrian los primeros mariscales del Imperio y se inspiraba el primer poeta del siglo, fué insultada y ensangrentada sin haber precedido de su parte provocacion alguna, por un gobierno como el gobierno de O'Donnell, y un general como el general Zapatero.

Despues de estos sucesos vino terrible calamidad. El cólera se desencadenó sobre Madrid en la primera quincena de Octubre. Mucho tiempo ha pasado de aquella calamidad y todavía no podemos apartar el pensamiento del admirable espectáculo que Madrid ofrecia en tan supremas circunstancias. Esta poblacion tan anatematizada, esta poblacion, residencia de los libre-pensadores excomulgados, de los periodistas llamados canalla por los obispos, de los liberales perseguidos siempre con el anatema, esta poblacion que habian querido presentar como una nueva Babilonia, olvidada de la virtud y de Dios, presentaba uno de los espectáculos más solemnes y más consoladores del mundo; el espectáculo de la caridad, del amor á la humanidad, de todas esas virtudes que dejan una eterna estela en la tierra, un eterno resplandor en la historia, como que son la luz del alma.

Madrid debia estar satisfecho de sí mismo. Expontáneamente, sin ningun género de ex-

citacion, movido por una mano oscura é ignorada, se levantaban todos los sanos á socorrer y consolar á todos los enfermos. ¡Qué grande adelanto en las costumbres públicas! ¡Qué inmensa cantidad de virtud, de bien, de amor á la humanidad, representaban aquellas asociaciones ignoradas, aquellos donativos secretos, aquellos sacrificios oscuros donde solo resplandecia el amor al bien por ser bien, y solo se aspiraba á la satisfaccion de la propia conciencia! La caridad habia corrido más que la epidemia, y la caridad le atajaba el paso, y le arrancaba sus presas.

Las democracias tienen por inspiracion permanente el amor á la humanidad. Importales poco, muy poco que les llamé un amigo ó un enemigo; importales poco asociarse con los que no piensan como ellos piensan; lo necesario, lo indispensable es hacer bien, mucho bien, sin mirar en compañía de quién se hace, ni mucho menos la persona á quien se consagra. Lo necesario, lo importante, lo indispensable es hacer bien.

No imitemos, decian los periódicos liberales, el ejemplo de los que se apartan del contacto de las poblaciones infestadas. Esos, por grandes que quieran aparecer, se habrán colocado fuera de la sociedad, fuera de la humanidad, y estarán mas aislados en su soberbio egoismo que el pobre colérico en su jergon. Lo que sí pedimos á toda España es que imite el ejemplo de Madrid.

No se olvide para comprender el sentido de estas palabras, que la Reina y la familia real se encontraban á la sazón en la Granja, y el pueblo de Madrid abandonado á sí mismo, Inmediatamente el partido liberal se reunió, y puso todo su empeño en conjurar aquella calamidad.

Madrid se encontró sorprendido por la muerte de tan terrible manera, que no parecia sino que pueden morir también súbitamente los pueblos. En aquellas horas de suprema angustia, cuando solo se oia el quejido del enfermo y el estertor del moribundo mez-

clado con el lloro de los que perdian prendas amadas, se reunieron unos pocos ciudadanos oscuramente, y juraron socorrer todas las necesidades, cuidar de todos los enfermos, sin oír más inspiracion que los latidos de sus corazones, y sin esperar más premio que la satisfaccion de sus conciencias.

Aquella misma noche se repartieron los barrios de Madrid, invocaron la caridad pública para que prestase sus socorros, y á la miseria para que pidiera sus consuelos; subieron á las buhardillas, bajaron á los sótanos donde agonizaban innumerables infelices; y seguidos de legiones de médicos, con sobradas medicinas, y, sobre todo y antes que todo, con la inspiracion de su ardiente caridad que despertaba el ánimo abatido, conjuraron el mal y salvaron á Madrid del cólera, á Madrid que supo que no estaba abandonado, que no estaba solo, y que contra la muerte que llovía de las plumizas nubes se levantaba el ejército de la caridad, capaz de hacer los milagros que están reservados á todas las grandes virtudes, á todos los sublimes sacrificios.

No contaban con ningun auxilio oficial; no lo necesitaban tampoco; su fé les bastaba, y la libertad de asociacion valia por todos los gobiernos. Madrid los comprendió con esa lucidez que tienen las almas de los pueblos. Madrid les dió dinero, médicos, medicinas, sábanas, almohadas, camas, enfermeros, cuanto necesitaban, más de lo que necesitaban, sin saber y sin preguntar sus nombres, convencido de que aquellos que tuvieron tan honrada idea no podian dejar de ser honrados en su cumplimiento. Madrid se salvó á sí mismo.

Mientras procedia de esta suerte el partido liberal, mientras sus hombres más ilustres, ocultándose como si fueran á cometer un crimen, bajaban á los sótanos y subian á las buhardillas, para disputar á la muerte sus víctimas; la reina Isabel, encerrada en su palacio de la Granja, en el corazón de Guadarrama, en aquella purísima atmósfera, entre el

melodioso rumor de las fuentes y las oxigenadas emanaciones de la selva, conservaba egoístamente su vida y se apartaba del contacto de la peste. Imposible decir cómo esta conducta la perdió en la conciencia pública. El cólera vino á destrozarla moralmente. El pueblo de Madrid la maldijo. La prensa liberal aprovechó aquella nueva desgracia para arrancarle de las sienes los últimos fragmentos de su corona real.

Mientras el cólera decrecia, la opinion comenzaba á fijarse en las causas y consecuencias de la negligencia con que el gobierno habia visto aproximarse el desarrollo de la enfermedad, en la inferioridad moral que habia mostrado en presencia de este gran infortunio, y del remedio que á todo esto pudiera oponerse. No se trata solamente de los cobardes y traidores que en una hora de desgracia han abandonado al pueblo, sin creer por eso renunciar á todo derecho á su respeto ó á su fortuna. El mal es todavía más extenso y más grave. La administracion entera se hizo cómplice de esta gran culpa. Y era ya notorio que, mientras la enfermedad se cebaba silenciosamente en el pueblo, y solo podia llegar al oído de las personas caritativas algun rumor confuso y siniestro, la administracion dejó morir en medio de la orfandad, y la miseria á innumerables ciudadanos, sin que se creyese obligada, ella que tan rápidamente se decide en otras ocasiones, á abandonarlos al puñal de los sicarios, ó á las exacciones de los publicanos; sin que se creyese obligada á hacer un desembolso, á tomar una precaucion, ó á prodigar un consuelo. Nadie ignora ya que si la impunidad con que en un día verdaderamente fúnebre vimos todos al cólera recorrer las calles de la villa, no nos hubiese mostrado el peligro y nuestro desamparo, que si las personas caritativas no se hubiesen constituido, tal vez á despecho del gobierno, en asociacion y servicio público, habriamos presenciado el repugnante espectáculo de que en la capital de una de las na-

ciones más cultas y poderosas de Europa hubiese acaecido una gran calamidad pública, sin que el gobierno mostrase más interés por sus progresos que por sus remedios.

¿Qué habría sido de Madrid sin el gran principio de asociación?

Lo que un ciudadano generoso no podía hacer, bien pronto se hizo recurriendo á la generosidad de otros ciudadanos. Y mientras la administracion se persuadía, á su pesar, de que el pueblo moría bajo sus plantas, mientras se osaba negar por medio de sus publicaciones la existencia de una calamidad, no más que por sentirse impotentes para vencerla, los ciudadanos asociados á despecho de una ley bárbara, corrían de casa en casa, buscaban el mal allí mismo donde el mal podía creerse inviolable, lo buscaban, lo atajaban y lo vencían. Ahora, reservemos para la ley moral á las personas que, faltando á los deberes más solemnes, hayan abandonado un pueblo cuya custodia habían aceptado en días mejores para él, cuando la custodia no podía traer más que goces y prerogativas; pero entregamos al juicio del país, á esa administracion débil y opresora á la vez, que le arranca por una consideracion de orden público y seguridad social sus derechos, para dejarle indefenso ante los peligros.

A fines de Octubre el cólera descendió. Aunque la poblacion de Madrid estaba como asombrada, la salud pública mejoraba. Ya no se veían continuamente las camillas cruzando en todas direcciones las calles; ya no se veía el óleo yendo en pos de los moribundos. Madrid respiraba un poco. Es verdad que la poblacion había mostrado una vez más su ardiente caridad, y por lo mismo había tenido el valor que inspiran todas las grandes virtudes. En una poblacion infestada brotó la caridad con tal ardor que ahogó la epidemia. En una poblacion aterrada el valor hizo maravillas. Madrid se ha salvado á sí mismo. Madrid es una poblacion que presentará siempre á los venideros como un título de gloria aque-

llos últimos días de angustia en que su fé sobrepujó á su desgracia.

¡Qué abismos de miserias, de dolores, de desesperacion! En una buhardilla infestada donde apenas se podía respirar, donde apenas había aire vital, una pobre mujer agonizando del cólera al lado de su jóven hija, que se moría también de miseria! En un pequeño cuarto la miseria pudorosa, la miseria que no mendiga, contaba cinco enfermas, de las cuales algunas acababan de morir, formando tal atmósfera de peste que los pulmones no podían respirarla. Un pobre padre estaba tendido sobre unos cuantos montones de andrajos que llamaba cama, y retenía en sus brazos fríos y desmayados á su hijo muerto. Cinco niños demacrados, enfermos, lloraban en torno de aquella sepultura en que estaban enterrados un muerto y un moribundo. Se necesitaría la pluma de Víctor Hugo, ese Dante del infierno de nuestras miserias sociales para pintar el cólera reinando sobre el hambre.

Pero al lado de estas terribles llagas ¡cuánta caridad. Los vecinos, en vez de huir, socorriendo, alentando á los enfermos, sosteniendo en la última agonía á los moribundos, enterrando á los muertos. Esos escritores que tantas veces os habrán hecho reír con sus gracias ú os habrán encantado con las delicadezas de su estilo, olvidados de sí mismos, atendiendo á todo, curando á todos con la serenidad del alma que no teme á la muerte. Los jóvenes estudiantes de medicina ensayando su ciencia y su caridad en los enfermos. De alguno sabemos que no pudiendo lograr que un enfermo ya frío, ya rígido, entrará en reaccion, se acostó en elapestado lecho para darle el calor de su propia vida. El nombre de *Los Amigos de los pobres* ocupará una gloriosísima página en la futura historia.

Nada más lejos de nuestro ánimo que esplotar en pró de los hombres de ningún partido político la caridad que abrasó en sus llamas á Madrid. Nos parecería una cruel irreverencia á una santa virtud, á la virtud

que es la manifestacion más espléndida de Dios sobre la tierra. Pero si nos permitiremos invocar dos ideas que han hecho la felicidad de los pueblos más grandes de la tierra: libertad y asociacion. La libertad, sí, la libertad con su prodigiosa fecundidad dió á luz esos ejércitos de la caridad, que iban donde el mal se encontraba para luchar con él y vencerlo. La asociacion, esa fuerza centuplicada de la libertad, hizo todo lo demás, hizo todo cuanto admiró á Madrid. El individuo aislado nada consigue. Por todas partes encuentra obstáculos; pero reunidos muchos, obran también muchos milagros. El uno pone su inteligencia, el otro su dinero, el otro su popularidad, y de estas fuerzas inmensas resulta la asociacion que es una personalidad inacabable, la cual todo lo aclara con su pensamiento, á todas partes llega con sus cien brazos y todo lo vence con su voluntad invencible. La victoria no es de ningún partido político; esto es cierto. Pero la victoria es de estas dos ideas que solamente posee en toda su integridad la democracia de la idea de libertad y de la idea de asociacion.

Y el pueblo comparaba lo que había hecho en su bien la libertad, abandonada á sus fuerzas con lo que había hecho la monarquía, dispensadora de todas las gracias, y poseedora de todo el presupuesto. Mientras la libertad descendía en forma luminosa de la Santa Caridad á socorrer al enfermo, á sostener al moribundo, á cerrar los ojos al muerto; la corte respiraba el aire purísimo de los jardines, encastillada en su implacable egoísmo.

Por fin el ministerio asumió para sí la responsabilidad de la conducta que siguiera la corte respecto á esta poblacion de Madrid, con la cual tan excepcionales deberes tenía doña Isabel II por los inmensos sacrificios que hiciera á favor de su trono durante la tremenda época de la guerra civil.

Dijera lo que quisiera el ministerio O'Donnell, salió en su periódico semi-oficial, en *La Correspondencia*, una manifestacion que

declaraba que los ministros habían dejado á la inspiracion de la conciencia de la Reina y á su voluntad el presentarse ó no en medio de la aflictiva calamidad. No hubo ni un solo diario ministerial que contradijera esta declaracion terminante. Véase que todos convenían en que el ministerio había dejado al corazón de los reyes el impulso de su conducta, y á su conciencia el premio ó el castigo moral que creyeran podía merecer esta conducta.

Mas de pronto los periódicos cortesanos se levantan en tropel y vociferan contra la declaracion de *La Correspondencia*, poniéndola al nivel de aquella última hora de la caída del ministerio O'Donnell, tantas veces anatematizada. Unos dicen que la Reina es de naturaleza superior á los demás mortales. Otros, que en el estado actual de la poblacion, traer á la Reina de la Granja á Madrid es traerla á una muerte segura, y que la muerte de la Reina sería poco ménos que la muerte de toda esta sociedad. Otros indican que el ministerio O'Donnell quiere traer á la Reina acaso para procurarse una regencia. Y en vez de sostener como cumplía á su dignidad, su actitud, el ministerio se asusta, retrocede, rasga su antigua declaracion, y dice en la *Gaceta* que él y solo él es responsable de la conducta de los reyes. El ministerio debió aconsejar á la Reina que viniera á Madrid. En los tiempos que corren las dinastías no viven solamente de sus derechos tradicionales; viven al par del prestigio con que la opinion pública las rodea. Y era un deber estrechísimo de los ministros, un deber imprescindible, procurar con todos los medios á las dinastías, popularidad, consideracion, sobre todo en estos tiempos en que el reinar es tan difícil. ¿Y le parecía al ministerio O'Donnell buen proceder para los intereses mismos de las dinastías, el aislarlas allá, en una soledad fresca, sana y apartada, cuando la muerte reina en la poblacion donde la dinastía tiene su habitual residencia? Los ministros deben